

José Antonio Marina El deseo interminable

*Las claves
emocionales
de la historia*

Ariel

An abstract artwork featuring bold, expressive brushstrokes in dark blue, red, and white against a light beige background. The composition is dynamic, with sharp, angular shapes and thick, textured paint application. A prominent dark blue shape with a white circular detail is on the left, while a large red shape is on the right. The overall effect is one of intense emotional energy and movement.

José Antonio Marina

El deseo interminable

Las claves emocionales de la historia

Ariel

Índice

<i>Introducción</i>	11
-------------------------------	----

PRIMERA PARTE LA EDAD DE LA OBEDIENCIA

1. Manual de psicología para entender la historia	19
2. Imaginando la felicidad	37
3. La gran transformación	55
4. La matriz de todos los mundos	65
5. La historia comienza aquí	77
6. Historia del poder y la obediencia	95
7. La sociedad busca la grandeza	109
8. El fervor de la misión	125

SEGUNDA PARTE LA EDAD DE LA REBELDÍA

9. El hilo dorado y la corriente ilustrada	143
10. Avatares de la felicidad pública	161
11. El paso de la obediencia a la autonomía	177
12. Esta es nuestra mejor historia	193
13. La reacción amenaza	225

<i>Epílogo: ¿Y ahora qué?</i>	245
<i>Anexo: Los avatares del derecho natural</i>	251
<i>Notas</i>	263

Manual de psicología para entender la historia

ANTES DE LA ACCIÓN

«En el principio fue la acción.» Debemos corregir este axioma escrito por Goethe al comienzo de *Fausto* y decir: «En el principio fue el impulso, el ímpetu que llevó a la acción, la necesidad, el deseo, el *drive*, el *Triebe*, el *conatus*, el *élan vital*, la libido». Esa energía guarda el secreto más impenetrable del ser humano. Spinoza ya fue consciente de ello: «La esencia del hombre es el deseo». Pero ¿de dónde surgen esos deseos?

Los *sapiens* hemos heredado las necesidades e impulsos de nuestros ancestros animales. Juan Luis Arsuaga lo expresa con una acertada frase: «Porque somos mamíferos, somos emocionales; porque somos primates, somos sociales». Debemos mantener nuestra homeostasis, nutrirnos, vivir en sociedad, aparearnos, proteger nuestra vida y la de nuestras crías. Venimos al mundo programados para sentir esos impulsos, para huir de unas experiencias y buscar otras.

A lo que nos incita a la acción los psicólogos modernos lo llaman «motivaciones»; los antiguos, «apetitos». En el hinduismo, se denomina *trishna*, que deriva de «sed». Las que he mencionado antes son «motivaciones primarias», que orientan de forma innata el comportamiento. Niko Tinbergen ganó el premio Nobel por estudiar estas conductas instintivas. En los animales, un desencadenante dispara un programa de acción previamente amartillado; en cambio,

en los *sapiens*, entre un momento y otro se han intercalado procesos de decisión cada vez más complejos.¹

Las motivaciones fijan las metas que el individuo necesita o quiere alcanzar; pero para conseguirlas precisa, además, un sistema de orientación que adapte su conducta a la circunstancia. En el caso humano, este sistema cuenta con recursos de intervención rápida —experiencias de placer y dolor, emociones— y con recursos de intervención lenta —las funciones cognitivas—. El placer y el dolor son guías básicas e imprescindibles. Hay enfermos sin sensibilidad al dolor que sufren quemaduras o fracturas terribles precisamente por esa falta de sensibilidad que en principio podría parecer un regalo. Por su parte, las emociones nos informan de cómo están yendo nuestros deseos en su choque con la realidad, además de que nos descubren valores, proponen prioridades inéditas y desencadenan nuevas motivaciones. Por ejemplo, si bien en un momento dado la meta podría ser buscar alimento o pareja, el miedo impondría como meta prioritaria la huida. «Un animal —escribe Pinker— no puede ir en pos de todas sus metas a la vez. Las emociones son los mecanismos que plantean las metas más elevadas del cerebro.»²

Por su parte, las facultades cognitivas han experimentado en el *sapiens* una expansión extraordinaria que centraremos en dos funciones: el pensamiento simbólico y las funciones ejecutivas. Se encargan de buscar posibles soluciones y de gestionar los impulsos para adecuarlos a los objetivos. Funcionan asimismo como mecanismos de seguridad que permiten —a veces— controlar el posible enfrentamiento de las emociones con las metas, o el choque entre dos metas incompatibles. Alguien puede querer ser médico, pero la pereza le incita a no estudiar; en ese caso, la inteligencia cognitiva debe imponerse a la emoción para no fracasar. Lo que llamamos «libertad» aparece en esa posibilidad de dejarse guiar por valores sentidos o por valores meramente pensados.

Los *sapiens* somos producto de una doble evolución biológica: la individual y la grupal. Este hecho es fuente de gran parte de nuestros éxitos, así como de numerosos conflictos. En ambos casos, las novedades que aparecen en la naturaleza se seleccionan de acuerdo con su eficacia adaptativa. Pero ¿han de ser eficaces para quién? Richard Dawkins³ se hizo famoso al hablar del «egoísmo de los genes», únicamente interesados por su supervivencia. En términos sociales significaría que los individuos están determinados para expandir al máximo la transmisión de su herencia: en eso consistiría su felicidad biológica. Esta prioridad de la protección, defensa y expansión de los propios genes explicaba muy bien la organización familiar y el interés por los parientes, pero no la hipersociabilidad del *sapiens*, manifestada en conductas de cooperación, ayuda y altruismo.

E. O. Wilson, un reputado entomólogo buen conocedor de los insectos sociales, estudió el tema desde el otro extremo. Las hormigas están genéticamente diseñadas no para la pervivencia de sus genes, sino para el mantenimiento del hormiguero. Este, a su vez, es el que posibilita la otra transmisión. Su conclusión fue que los humanos hemos estado sometidos a un doble proceso selectivo: individual y grupal. «En la evolución social genética —escribe Wilson— existe una regla de hierro según la cual los individuos egoístas vencen a los individuos altruistas, mientras que los grupos altruistas ganan a los grupos de individuos egoístas. La victoria nunca será completa: el equilibrio de las presiones de la selección no puede desplazarse hasta ninguno de los dos extremos. Si tuviera que dominar la selección individual, las sociedades se disolverían. Si acabara dominando la selección de grupo, los grupos humanos acabarían pareciendo colonias de hormigas. Cada miembro de una sociedad posee genes cuyos productos son afectados por selección individual y genes que lo son

por la selección de grupo.»⁴ Es decir, pulsiones centrípetas y pulsiones centrífugas.

Esta doble selección natural ha dado origen a un ser humano dividido. El pacífico Kant estaba seguro de la insociable sociabilidad de los hombres: «El hombre tiene una tendencia a socializarse, porque en tal estado siente más su condición de hombre al experimentar el desarrollo de sus disposiciones naturales. Pero también tiene una fuerte inclinación a individualizarse (aislarse), porque encuentra simultáneamente en sí mismo la insociable cualidad de doblar todo a su mero capricho y, como se sabe propenso a oponerse a los demás, espera hallar esa misma resistencia por doquier. Pues bien, esta resistencia es aquello que despierta todas las fuerzas del hombre y le hace vencer su inclinación a la pereza, impulsándole por medio de la ambición, el afán de dominio o la codicia, a procurarse una posición entre sus congéneres, a los que no puede soportar, pero de los que tampoco es capaz de prescindir. Así se dan los auténticos primeros pasos desde la barbarie hacia la cultura, la cual consiste propiamente en el valor social del hombre».⁵

Este texto podría ser un resumen del presente libro, porque aparecen varias pulsiones fundamentales —socializar, individualizar, competir, tener el afán de dominar— que llevan a crear cultura. La historia que voy a contar nos proporcionará innumerables ejemplos de esa tensión. En otro lugar he dramatizado este proceso en la fábula de las hormigas que se volvieron kantianas, es decir, que valoraron su autonomía individual. Si fuera Orwell, contaría en esa clave el desbarajuste que eso produjo en el hormiguero, o sea, en la especie humana; pero no lo soy.

La evolución en dos niveles nos sitúa ante dos sistemas distintos de motivaciones, emociones y finalidades: el que corresponde al individuo y el que corresponde al grupo. La historia va a convertirse en una pugna entre ambos sistemas.

La psicología ha elaborado catálogos de las necesidades y deseos humanos. Uno de los más conocidos es el de Abraham Maslow. Este famoso investigador presentó una pirámide de intereses. En primer lugar, situaba las necesidades fisiológicas, básicas para la supervivencia: mantener la homeostasis, la respiración, el sueño, la sexualidad. Si estas necesidades no se ven satisfechas, la persona no siente la motivación ni la fuerza necesaria para satisfacer otras necesidades. En el nivel siguiente está el deseo de seguridad, es decir, de eliminar el miedo. Relacionado con el anterior está la necesidad de afiliación, de pertenencia a un grupo, de rechazo a la soledad. El nivel siguiente es la necesidad de reconocimiento, que Maslow relaciona con la necesidad de autoestima, de prestigio social, de distinción, de respeto. Por último, en la cumbre de la pirámide se encuentra la necesidad de autorrealización, de un sentimiento de satisfacción con uno mismo, de eficacia y competencia.⁶

Hay que advertir que ni las necesidades ni las motivaciones se dan con tanta nitidez, puesto que hay un proceso de mezcla, una coctelería afectiva. El esquema de Maslow separa un nivel de otro demasiado tajantemente. Piensa que la realización de los inferiores es necesaria para ascender de nivel y que ahí se termina su función. Sin embargo, es más acorde a la realidad pensar que una misma motivación va enriqueciéndose, cambiándose, sobredeterminándose... a lo largo de los otros niveles. Es decir, que más que a un edificio de pisos se parece a un árbol que se ramifica y cuyas ramas se anastomosan, esto es, se injertan espontáneamente. La necesidad de nutrirse ha generado tanto los banquetes de boda y los restaurantes cinco estrellas, como las dietas de adelgazamiento, al hibridarse con otras motivaciones. En *El rompecabezas de la sexualidad* estudié que, en el ser humano, la experiencia sexual es una mezcla de diferentes deseos y sentimientos que acompañan al estrictamente sexual.

Tras repasar la bibliografía sobre estos temas aparecen tres grandes pulsiones, tres clústeres, tres dominios pasionales, como fuentes de la acción humana y, por lo tanto, de la historia. Podemos cambiarlas, pero no crear otras absolutamente nuevas. Me atrevo a decir que son el secreto de nuestra existencia. Todas las pulsiones emergen del sujeto, y su satisfacción o fracaso recaen sobre él, pero cerrándolo o abriéndolo a los demás. Las tres grandes pulsiones son las siguientes:⁷

1. **PULSIÓN DE BIENESTAR PERSONAL:** Esta expresión incluye el deseo de evitar el dolor, la tensión y la ansiedad, así como el de disfrutar, de experimentar sensaciones agradables y comodidad. Permite la satisfacción de las necesidades fisiológicas del primer nivel de Maslow, el deseo de seguridad (no sentir miedo) y posiblemente el juego y el deseo de experimentar (curiosidad). Son satisfacciones que quedan en el sujeto, satisfacciones clausuradas, egocéntricas. Somos seres egoístas. Llevado a su extremo, es lo que en su escrito *¿Hay que quemar a Sade?* Simone de Beauvoir llama «autismo del libertino», «que le impide olvidarse de sí y reconocer la presencia de otro». Siguiendo una tradición clásica, los llamaré «deseos hedónicos». Escuchar música, beber un buen vino o sentir un orgasmo son placeres centrípetos, de ahí que incluso se cierran los ojos, para no distraerse mientras se están sintiendo.
2. **PULSIÓN DE RELACIONARSE SOCIALMENTE:** Somos grupales. Este es otro de los niveles identificados por Maslow y se corresponde con el motivo de afiliación señalado por McClelland.⁸ Esta pulsión de formar parte de un grupo y ser aceptado es centrífuga, saca al individuo de su aislamiento. Nuestra especie es egoísta y altruista, ya se ha mencionado. Busca la propia satisfacción, pero también necesita la comunicación, el amor, la amistad, la cooperación. Ambos deseos básicos nos impulsan. En todas las culturas se considera que ser

expulsado del grupo, ser desterrado, es la peor condena. Necesitamos que los demás nos aprecien y nos reconozcan. La necesidad de ser aceptado en sociedad produce con frecuencia ansiedad social, sentimiento que probablemente ha tenido una gran eficacia evolutiva. Cada cultura señala la manera en que una persona tiene que actuar para recibir la aprobación de sus iguales. El deseo de pertenencia y reconocimiento limita drásticamente el despliegue de los otros dos deseos básicos, que, dejados a su propio dinamismo, romperían la coherencia social. Los moralistas de toda procedencia han enfatizado que el ansia de reconocimiento por parte de los demás puede corregir las tendencias negativas del egoísmo. San Agustín, por ejemplo, reconoce que el amor a la gloria, a la alabanza humana, aunque no es santo, «ha refrenado libidos más peligrosas» (*De civ. Dei*, V, 13). «En todas partes —escribe Pinker— los seres humanos procuran conseguir una sustancia fantasmática llamada autoridad, distinción, dignidad, dominio, eminencia, estima, carisma, posición, preeminencia, prestigio, rango, consideración, reputación, respeto, posición, talla o estatus sociales. Para ello pasan hambre, arriesgan sus vidas y agotan su riqueza. El economista Thorstein Veblen señaló que las personas sacrificaban tantas necesidades de la vida para impresionarse unos a otros, que parecen responder a una “necesidad espiritual superior”.»⁹ Este conglomerado de aspiraciones enlaza con la tercera gran pulsión.

3. PULSIÓN DE AMPLIAR LAS POSIBILIDADES DE ACCIÓN: Este me parece el deseo más específicamente humano, porque acaba introduciéndose en todos los demás, como si fuera un dinamismo añadido a otro. Una pulsión expansiva. Lo peculiar de la inteligencia humana es que crea o descubre posibilidades en la realidad gracias a su capacidad de inventar irrealida-

des. Spinoza consideraba que este ímpetu hacia lo posible era nuestro deseo esencial: «El ser humano se alegra cuando siente que aumenta su potencia de obrar». En esta gran pulsión hay que incluir la *libido dominandi*, que decía san Agustín, es decir, lo que Nietzsche llamaba «voluntad de poder», «el hecho último al que podemos descender». «Los fisiólogos —escribía— deberían reflexionar antes de poner el “instinto de conservación” como el instinto cardinal de todo ser orgánico. Hay que introducir también la *libido cognoscendi*, que comienza con la curiosidad y termina con las más sofisticadas creaciones científicas. El ser vivo quiere ante todo gastar energía.» Tomás de Aquino, al estudiar los deseos, distinguía entre los concupiscibles (yo los he llamado «hedónicos»), que buscan el placer, y los irascibles, que buscan conseguir lo difícil, lo arduo, los que aspiran a grandes empresas. Marcel Otte, especialista en Prehistoria, propone una clave justificativa del destino humano: «Su sed perpetua de superar las limitaciones, vengan de él (la biología incluida), del entorno, de otras sociedades, o de su propio pasado, convertido en limitación ocasional. Desde la herramienta al mito toda la aventura humana está contenida en ese combate librado esencialmente por el espíritu perpetuamente insatisfecho».¹⁰ Es lo que he denominado *anábasis*, utilizando el término griego que significa «la subida».¹¹

Para mostrar la densidad de esta pulsión específicamente humana voy a mencionar un clúster de conceptos relacionados, junto con los autores que los han propuesto: sentirse competente (Dweck, White, Alonso Tapia); autonomía (Deci, Ryan); controlar el entorno (Dweck, Skinner); logro y poder (McClelland); eficacia (Bandura, Schink, DeCharms, Deci, Ryan); dominio (Harter); defensa de la propia habilidad (Ames, Maehr); autorrealización (Maslow); esfuerzo por reali-

zarse, mantener y acrecentar la experiencia (Rogers); competencia, autonomía (Connell, McCombs, Stipek); dotar de significado (Maehr, Frankl); búsqueda del sí mismo ideal (Markus, Nurius); tendencia al progreso (Nuttin); voluntad de poder (Hobbes, Nietzsche); deseo de poder y gloria (Russell); causalidad personal (Heider, DeCharms); curiosidad, afán de explorar (Berlyne, Spielberg, Starr); deseo de dominar la naturaleza, a los demás y a uno mismo (Elias). Dentro del psicoanálisis, Jung afirmó que el motivo radical era la búsqueda de la autorrealización, y Adler, el esfuerzo de superación, puesto que «ser hombre significa sentirse inferior»; Fromm defendía que el afán de crear forma parte de las necesidades humanas.¹²

Todas estas propuestas las he incluido en la pulsión por ampliar las propias posibilidades. Las otras dos grandes pulsiones (la satisfacción individual y la pertenencia al grupo) tienen antecedentes en el mundo animal. También esta tercera, aunque es la más específicamente humana. El impulso expansivo está ya esbozado en los animales. Los chimpancés, por ejemplo, consideran un gran premio que les permitan mirar por una ventana si están encerrados en una jaula tapiada. Glen Jensen, un psicólogo de animales, nos asombró a todos al mostrar que muchos animales prefieren «ganarse» la comida a comer lo mismo sin hacer ningún esfuerzo. Hace años, Erich Fromm publicó un curioso artículo titulado «¿Es el hombre perezoso por naturaleza?».¹³ Respondió tajantemente que no. El hombre disfruta con la acción. Hay, sin embargo, una «pereza aprendida», que se suscita cuando se reciben premios sin necesidad de esforzarse.

Describir cómo estas energías aparecen, evolucionan y, sobre todo, se plasman en acciones personales, generan movimientos, se sedimentan en instituciones, me parece una tarea fascinante. Las religiones —con sus muestras de san-

tividad y de violencia—, las estructuras familiares, el sexo y el amor romántico, las guerras y las paces, la mutua influencia entre los hombres de poder y las masas obedientes son las formas visibles del volcán emocional.

NECESIDADES, DESEOS Y PROBLEMAS

Ni los deseos individuales ni los sociales tienen una satisfacción automática. Plantean problemas: buscar comida, encontrar pareja, protegerse del clima y de los enemigos, librarse del miedo, subir en la jerarquía, ser reconocido, convivir pacíficamente. Los problemas son universales, pero cada sociedad los ha resuelto a su manera. Y ha transmitido esas soluciones de generación en generación. Es lo que llamamos «cultura».

La mente humana es distinta de cualquier otra mente que pueda haber en el planeta, no a causa de sus caracteres biológicos, que no son cualitativamente únicos, sino por su capacidad de generar y asimilar cultura, que es un colosal mecanismo expansivo.¹⁴ El niño aprende en cinco o seis años lo que a la humanidad le costó cientos de miles de años conseguir: el lenguaje, la gran herramienta. John Tooby e Irven DeVore sostenían que el nicho cognitivo humano es un modo de vida basado en resolver tanto problemas que otros animales no pueden resolver, como problemas que otros animales no pueden plantear.¹⁵

En nuestra evolución han influido los genes, el entorno y la cultura; pero la cultura configura el entorno natural, por lo que su importancia es doble: influye directamente sobre el individuo, a través de la educación, e indirectamente cambiando el entorno. El genetista Richard Lewontin resumió el dinamismo evolutivo afirmando que el entorno presenta un problema y el organismo propone soluciones, la mejor de las cuales es finalmente elegida.

Los retos, los problemas, los plantean los deseos y aspiraciones del individuo, que buscan el modo de realizarse en

un entorno que ofrece posibilidades, pero también resistencias. Como he dicho, la cultura es el conjunto de soluciones que los humanos han ido creando a lo largo de la historia. Es la caja de herramientas que recibimos de nuestros antecesores.¹⁶ Clifford Geertz, un conocido antropólogo, indicó con una frase certera que «los problemas son universales, pero las soluciones son locales». De ahí que ninguna cultura nos resulte absolutamente incomprensible si descubrimos los problemas que se intentaron resolver y retrocedemos hasta las necesidades de las que proceden.¹⁷

Como escribió Nietzsche en *Consideraciones intempestivas*: «Los cientos de lenguas diferentes expresan siempre las mismas necesidades típicas y fijas del hombre, de suerte que el que comprendiese estas necesidades no tendría que aprender nada nuevo de todas esas lenguas».

Erwin Panofsky, un gran historiador, señala que «la cultura no es solo un código común, ni siquiera un repertorio común de respuestas comunes a problemas comunes o una colección de esquemas de pensamiento particulares y particularizados, sino un conjunto de esquemas fundamentales, previamente asimilados, a partir de los cuales se engendran, según un arte de la invención análogo al de la escritura musical, una infinidad de esquemas particulares aplicados a situaciones particulares».¹⁸

Del impulso sexual han surgido todas las formas de emparejamiento, de estructuras familiares, de legislación matrimonial, de repartos de herencia, pero también el amor cortés, el amor romántico o la moral victoriana. El sexo nos sirve para descubrir cómo funcionan las motivaciones primarias. Las personas practican sexo para reproducirse (motivación primaria), pero pueden hacer todo lo posible para no reproducirse, porque la motivación inmediata del sexo es el placer.¹⁹ Nada humano nos es ajeno... del todo.

Sigamos con los ejemplos. Todas las sociedades han tenido que establecer modos de resolver conflictos y han desarrollado ideas de lo que era justo o injusto. Los sistemas mora-

les son ante todo soluciones. Y no podemos comprenderlos si primero no comprendemos bien el problema que intentaron resolver. Los problemas los provocan fundamentalmente tres situaciones: (1) las necesidades, deseos y aspiraciones personales; (2) la escasez de medios, y (3) la incompatibilidad de aspiraciones. Pero si los problemas son universales es porque también lo son las necesidades que los producen. La Ciencia de la Evolución de las Culturas afirma que es posible comparar las soluciones y evaluar si unas son mejores que otras, posibilidad que los culturalistas detestan.

LA IDEA DE FELICIDAD

Ha llegado el momento de hablar de la felicidad. «Todos los seres humanos —escribió Kant— la buscan sin saber en qué consiste.» Por razones que se verán con claridad al leer esta historia, es un concepto tan equívoco que podemos considerarlo un *fake concept*, o un significante vacío a la espera del significado. Por eso intentaré deconstruirlo, para reconstruirlo y hacerlo utilizable. La palabra se ha puesto de moda. Incluso en 2012 la ONU instituyó un Día de la Felicidad, Coca-Cola ha creado un Instituto de la Felicidad, varios países utilizan un Índice de Felicidad, y los psicólogos positivos han publicitado una supuesta Ciencia de la Felicidad.²⁰ En el colmo del entusiasmo, Richard Davidson, neurólogo de la Universidad de Wisconsin, dice que ha analizado el cerebro del hombre más feliz del mundo, el monje budista Matthieu Ricard. Esta peregrina afirmación me ha recordado que Creso, en la cima de su poder y su riqueza, preguntó a Solón quién era el hombre más feliz del mundo. Y Solón le respondió que dos hermanos que habían muerto por el esfuerzo de arrastrar un carro para llevar a su anciana madre a una ceremonia religiosa. No se podía hablar de una vida feliz mientras duraba, porque la fortuna podía desbaratarla, como le sucedió a Creso. Los estoicos consideraban que el

sabio podía ser feliz incluso en medio de los suplicios. Marx tenía un concepto altruista y revolucionario de la felicidad: «La experiencia demuestra que el hombre más dichoso es el que ha sabido hacer dichosos a los demás; y la misma religión nos enseña que el ideal al que todos aspiran es el de sacrificarse por la humanidad, aspiración que nadie se atrevería a destruir». El 1 de abril de 1865, Antoinette Philips le pidió a Marx que respondiera un cuestionario y una de las preguntas era «¿Su idea de la felicidad?», a lo que Marx respondió: «La lucha». Ante la pregunta «¿Su idea de la desgracia?», respondió: «La sumisión». Alexandre Kojève, en un famoso debate con Leo Strauss —publicado por *Encuentro*—, comenta que el arquetipo de la felicidad humana es Napoleón, el hombre plenamente satisfecho por el reconocimiento universal de sus acciones. No es esa la impresión que dan las *Memorias de Napoleón en Santa Elena*, escritas por el conde de Las Cases.

Todos esos testimonios hablan, sin duda, de algo distinto a lo que puso de moda el famoso psicólogo Martin Seligman con su libro *La auténtica felicidad*.²¹ Él mismo, a la vista de los excesos que se cometen en su nombre, ha repudiado el término: «Odio la palabra *felicidad* —ha escrito—, porque está tan manida que ha perdido su significado. Se trata de un término impracticable para la ciencia o para cualquier otro empeño práctico, como la enseñanza, la terapia, la política pública o el cambio de vida a nivel personal». Lo ha sustituido por otro más humilde, *well-being* («bienestar»), y por otro más vago, *flourishing* («florecimiento personal»).²² Es fácil ver que uno es un concepto psicológico y el otro, uno moral. Uno entiende la plenitud como satisfacción de los deseos, y el otro, como realización máxima de las facultades humanas. Pero los mezcla y, en sus últimas obras, los integra en tres niveles: la vida centrada en la satisfacción, la vida que busca unas gratificaciones más altas (como la bondad), y la vida puesta al servicio de algo que trascienda al individuo. Son claramente conceptos distintos. ¿Con cuál nos quedamos?

Una vez deconstruido el concepto, pasaré a reconstruirlo. Los humanos actúan con vistas a un fin, y alcanzarlo les produce satisfacción. Así funcionan los reforzadores que estudió Skinner. Tendemos a repetir los actos que han sido premiados y a evitar los castigados. Podemos decir, por tanto, que todo el comportamiento busca un fin que funciona como premio. Ese es el primer concepto de felicidad, que es universal y formal. La felicidad es el cumplimiento de un deseo. La búsqueda de la felicidad es la búsqueda de ese cumplimiento. Es una experiencia consumatoria, que va a mostrar su fortaleza y su debilidad. Al alcanzar su objetivo, el deseo concreto queda saciado, pero no la capacidad de desear. Hay un deseo interminable. Este es el punto esencial de nuestra historia. En todas las culturas se ha detectado esta insatisfacción irremediable. El budismo vio con agudeza que el problema eran los deseos y que la solución era eliminarlos, pero los deseos constituyen nuestra esencia y anularlos nos convierte en otro ser. En efecto, dirían los budistas; nos convierte en lo que verdaderamente somos: *atman*, absoluto. Desde un punto de vista más terreno, según cuenta Rappaport, para los hawaianos y polinesios los grandes jefes «están libres de deseos, igual que los dioses. La pereza para un jefe es un deber, no un vicio. Es una manifestación de su plenitud, de la ausencia de toda carencia y, además, de un autocontrol perfecto».²³ El *deus otiosus* es una figura arquetípica. En la mitología bíblica, Yahvé, después de seis días de actividad frenética, descansó. Los teólogos cristianos interpretaron esa insatisfacción permanente como una nostalgia de Dios, único ser capaz de colmarla. «Inquieto está mi corazón hasta que descanse en Ti», gemía san Agustín. Los escritores dieciochescos, como cuenta Robert Mauzi en *L'idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIII^e siècle*, consideraban que la inquietud ha sido un don de la providencia para forzarnos a buscar la felicidad.²⁴

Un ateo confeso como Sartre recogió esta idea a su manera al afirmar: «El hombre es el ser que proyecta ser Dios»,²⁵

para añadir a continuación: «Por eso es una pasión inútil». Soy más optimista: la idea de Dios, con independencia de su existencia o inexistencia, es una pasión constituyente, una gigantesca grúa elevadora, un gran atractor, un formidable imán, una dinamo, una clave para comprender la Historia. Creo que la persistencia de la idea de felicidad como límite ideal tiene una función evolutiva, muy parecida a la que tiene la idea de Dios, a la que en muchos momentos va unida. Cumple al menos tres cometidos: proporciona esperanza, da sentido al sufrimiento al permitir compensarlo en otra vida, y sirve de estímulo para imaginar vidas más nobles. Una peculiaridad de la inteligencia humana es su empeño en crear ficciones salvadoras (y, por supuesto, también destructoras). Una de ellas es la idea de la felicidad.

A algo así se refería Platón cuando afirmaba que hay un deseo —no lo olviden: el antecedente de la felicidad— que hace ascender al hombre desde la contemplación de la belleza corporal a la contemplación de la belleza ideal. En este caso se convierte en un «deseo de poseer siempre el bien» y entonces el deseo se vuelve creador porque «cuando se aproxima a lo bello (según el cuerpo y el espíritu) se llena de alegría, su corazón se dilata y engendra y crea» (*Banquete*, 201-207). Son grúas mentales, creaciones nuestras que nos elevan sobre nosotros mismos.²⁶

El razonamiento es muy parecido al que hace Descartes sobre Dios: «¿Cómo sería posible que yo conociera que dudo o que deseo, es decir, que me falta alguna cosa, si no tuviera dentro de mí la idea de un ser más perfecto que mi propio ser, por comparación con el cual conocería los defectos de mi naturaleza?» (*Meditaciones metafísicas*, III). El argumento no es lógicamente convincente, pero sí psicológicamente. Por eso lo encontramos en un analista tan fino de la conciencia como es Sartre: «Dios, valor y objeto supremo de la trascendencia, representa el límite permanente a partir del cual el hombre se anuncia a sí mismo lo que es». (No olvidemos que esto lo afirma un ateo, es decir, se mueve

solo en el terreno del acontecer mental.) Pues lo mismo sucede con la felicidad: nos anuncia lo que somos o, al menos, lo que aspiramos a ser. Este aspecto ascendente y tensionado de la felicidad es lo que se jibariza al convertirlo en un eslogan comercial.

A la vista está que se está hablando de cosas diferentes. A la satisfacción de los deseos voy a llamarla «felicidad», con minúscula. A la proyección al límite de esa satisfacción, a la plenitud absoluta en la que ya no se aspire a nada porque todo está colmado, la llamaré «Felicidad», con mayúscula, y es una utopía de la inteligencia. Queriendo escribir una historia de la felicidad, me encuentro con que debería escribir dos: una historia de la felicidad, y otra de la Felicidad.

Una definición de la felicidad es la armoniosa satisfacción de los tres grandes deseos humanos anteriormente mencionados. Y subrayo «armoniosa» porque pueden entrar en contradicción: la búsqueda del placer puede ir en contra de la sociabilidad, y el deseo de triunfar puede oponerse a los otros deseos. Pero el intento de buscar cuidadosamente la felicidad como objetivo último puede conducir a una obsesión un poco ridícula, como demuestran las memorias de un interesante personaje, el príncipe de Ligne (1735-1814).

Al despertarse es preciso preguntarse: (1) ¿Puedo hoy dar a alguien una alegría? (2) ¿Cómo podría divertirme? (3) ¿Qué me gustaría comer? (4) ¿Podría ver a alguien interesante y amable? (4) ¿Le parecería yo así a madame X, que me gusta mucho? (6) Antes de salir, ¿leería o escribiría alguna verdad nueva, ingeniosa, útil o agradable? Y después intentar cumplir esos seis puntos, si se puede (*Mêlanges*, XX, 120).

No contento con esto, el príncipe recomienda «dedicar dos días a la semana» para hacer el «balance de su felicidad».

No termina ahí la reconstrucción del concepto. Nuestra doble herencia evolutiva —individual y social— suscita asimismo dos tipos de deseos, y estos, a su vez, dos tipos de felicidad: felicidad individual y felicidad social. Es la conciencia de esta última la que permitió decir a Louis de Saint-Just, durante la Revolución francesa, que la felicidad era una idea nueva en Europa. La felicidad política era el marco social que hacía posible que los ciudadanos pudieran ejercer su derecho a la búsqueda de la felicidad. Que una pulsión natural se convirtiera en un derecho me parece clave para comprender la historia de la humanidad.

Ahora comprendemos mejor por qué la búsqueda humana de la felicidad se convierte en un deseo interminable: porque ninguna satisfacción agota el deseo y porque la esperanza de la Felicidad es muy resiliente. Tocqueville lo expresa con lucidez: «Así, siempre buscando, cayendo, volviéndose a levantar, a menudo decepcionado, nunca descorazonado, tiende incesante hacia esa grandeza que entrevé confusamente al final de la larga carrera que la humanidad debe recorrer todavía».²⁷ La conclusión anticipada de esta investigación es que, en ese continuo perseguir lo inalcanzable, los humanos han creado muchas cosas y, una de ellas, a mi juicio la más sorprendente, es una nueva definición de sí mismos. Pero no adelantemos acontecimientos.

Tenemos, pues, que distinguir entre la «búsqueda de la felicidad» y la «búsqueda de la Felicidad». Una anécdota histórica ilustra la diferencia. En 1549, el navarro Pedro de Ursúa, encargado de buscar El Dorado, se encuentra en Moyobamba. Allí le sorprende la llegada de trescientos indígenas guaraníes, pertenecientes a la familia tupí, procedentes de Brasil, que habían realizado un viaje de diez años en busca de la Tierra sin Mal, a la que llamaban «el lugar donde no se muere». La diferencia de ambas expediciones es llamativa: unos buscan la ciudad de oro; a los otros los mueve la

nostalgia del paraíso. La Tierra sin Mal es para los indios tupís-guaraníes el mundo perfecto y puro del comienzo, cuando acababa de terminarlo el Creador y los antepasados de las actuales tribus vivían entre dioses y héroes... Este paraíso los indígenas no lo conciben como un Más Allá puramente espiritual, sino como un mundo real transformado por la fe.²⁸

En 1812, el etnólogo brasileño Curt Nimuendajú se encontró en la costa de São Paulo con un grupo de indios guaraníes que se habían detenido allí en su búsqueda del paraíso perdido. Bailaban durante varios días sin cansarse con la esperanza de que, mediante el movimiento continuo, sus cuerpos se hicieran livianos y fueran capaces de volar al cielo, a la casa de Nuestra Abuela.

Más tarde, Alfred Métraux y Egon Schaden proporcionaron más información. Esta búsqueda se prolongó cuatro siglos. Todavía hay una tribu guaraní, los mbüás, que continúa buscándola.

Los guaraníes son el paradigma de la humanidad.